

DAR ÁNIMOS.

De númen no carece... Es algo vano...
Cuando tenga más práctica del mundo,
y se eduque, y sea culto, y más profundo,
y en serio estudie el corazón humano;

Si se llega á formar un gusto sano,
traga buenos prosistas furibundo,
usando de un lenguaje pudibundo
dentro del buen estilo italiano;

Si entonces emprendiera nueva vía
de aquella que acostumbra en su vil prosa,
sin mezcla de vulgar sensiblería...

Quizá despues de un año y otro año...
no me atrevo á decir será gran cosa :
mas tampoco á las letras hará daño.



Á UNA FURIA.



A UNA FURIA.

Viuda que al devaneo te has lanzado:
¿qué haces con tu hijo amarillento
que está tan macilento
y tiene el cuerpecito amoratado?

¡Oh! tú bella viudita enamorada,
dime por qué á tu lado nunca es franco
y queda mudo y blanco,
y tiembla, al sorprenderte una mirada.

¿Qué le haces, responde, cada día
para llenar el aire de clamores
¡ay Dios! desgarradores
como de un mutilado en su agonía?

Todo el mundo conoce tu secreto,
morena, pues tú misma lo delatas:
ya sé que lo maltratas
como constante obstáculo á tu objeto.

Aborreces aquella cara muerta,
su mirada tenaz, fiera, incesante,
que escruta vigilante
á cuantos hombres llaman á tu puerta.

Ya que él naciera enteco y padecido,
quieres cumplir la obra de natura;
y amar franca y segura,
mandando al hijo donde fué el marido.

Y á fuerza de castigos y de enojos,
de ayunos y crueldad, crees por supuesto
que morirá bien presto...
¡ah! no, viudita de los negros ojos.

Vanos son tus castigos, la ira vana,
vano el largo dolor, toda tortura
se pierde ante su dura
resistencia potente y sobrehumana.

No morirá ¡por Dios! él en su horrible
suplicio crecerá robusto y fuerte
luchando con la muerte,
y su venganza cumplirá terrible.

Quiera el cielo te siga su venganza
como la sombra al cuerpo, y que tu llanto
no le infunda quebranto
á su encono, y sucumba tu esperanza;

Cuando con voz imploras lastimera
compasion á tu hijo desde el lecho
y quieras en su pecho
tu frente reclinar de vil ramera,

Que rechace con asco tus abrazos,
de tus labios rehuya las caricias,
ya que solo sevicias
de tu boca logrará y de tus brazos;

Que tu arrepentimiento crea fingido,
te eche en cara con befa tus amantes;
con motes denigrantes
de burla te recuerde lo que has sido;

Y te condene á errar en la agonía
entre gente brutal, sin sentimiento,
mendigando el sustento
que hoy le rehusa á él tu mano impía.

Y así que espire luego en la miseria;
vuelque el enterrador dentro la fosa
con el pié, tu asquerosa
podredumbre comida de materia.



EL 20 DE SETIEMBRE DE 1870.



SONETO.

Escuché resonar himnos guerreros
de la ciudad en torno; ví á la gente
acudir en tropel, en ansia ardiente,
por pelotones de romanos fieros;

Cruzar los regimientos altaneros
desfilando con orden sorprendente;
cada aye del vencido, era estridente;
los gritos, de la armada mensajeros.

Y en tanto que las filas fraternales
aquí la multitud rompía clamando
de la unidad de Italia, la bandera;

Huían sin pudor, cual criminales,
allí, los mercenarios, arrastrando
el poder temporal en su carrera.

AL PIÉ DE LOS MUROS DE ROMA.

(ANTES DEL 20 DE SETIEMBRE.)

AL AMIGO EDUARDO.

¿Recuerdas, caro amigo, las veladas
que pasamos en pobres caseríos,
entre perros, caballos, y entre líos
de ropas y de armas hacinadas?

¿Nuestras mejillas por el sol tostadas;
nuestros cantos marciales, nuestros bríos
al pasar Puerta Pía, tan vacíos
que no vimos un cuarto en las jornadas?

¡Momentos memorables! ¡Oh! fué aquella
la más grande embriaguez de mi alegría,
la más pura, más noble, la más bella!

Con tal de entrar en Roma, á trompicones
arrastrar me dejara por sus vías:
mas, cómo, ¡con aquellos pantalones!



LOS EMIGRANTES.

